

imbecilice por completo. La supresión de las escuelas durante los dos o tres años de crisis que tenemos por delante, no sería un grave mal. Al contrario, salvaría de bru-

tal estupro educacional a muchas inteligencias vírgenes todavía.

¿Y los maestros? Seamos sinceros. Pueden morir. Los que nos nazcan después tal vez sean mejorcitos.

P e r s i l e s

Heredia, Noviembre de 1931.

Estampas

Un costarricense que fue amigo de Omar Dengo...

— Colaboración directa —

¿Cómo leer el ensayo de Henry D. Thoreau sobre la *Desobediencia Civil*? Gandhi lo llevó en su reciente viaje a Londres para leerlo, o para releerlo y sentirse nutrido de fresca ideología en torno a la tabla redonda. Esta noticia nos hizo pensar en páginas de duradera originalidad. Buscamos el ensayo sin resultado. Thoreau no tiene entre los pocos que aquí leen, devotos, ni siquiera curiosos. A pesar de que Emerson lo ha presentado en una biografía admirable y a Emerson se le lee y se le cita. No tenemos el culto por Thoreau. Nos hemos contentado con uno solo de sus libros: *Walden*. Gandhi viene a decirnos que en el filósofo norteamericano hay una veta de sabiduría profunda. *Walden* nos da sus relaciones con el bosque, pero también hay en otros de sus libros el conocimiento del hombre. No fue indiferente Thoreau a la humanidad que vivía junto a él. La observó y censuró con espíritu creador. Ese espíritu es el que perdura en sus ensayos. Cuando Gandhi hace de uno de ellos motivo de meditación precisamente en la hora en que su pueblo quiere que hable por él y exija del Imperio su liberación, mucho grande debe poblar esas páginas. Por eso quisimos extender más allá de *Walden* el conocimiento de una filosofía fecunda. Y como aquí no encontraríamos el ensayo acerca de la *Desobediencia Civil*, situamos en las librerías norteamericanas su busca.

Pensamos en un costarricense que fue amigo de Omar Dengo, que tuvo por él cariño y verdadera admiración. Pensamos en don Emilio Artavia. Y le escribimos en solicitud del servicio. No se puso el señor Artavia a idear en la persona que le hacía el encargo de un libro. Cuando lo natural era saber si el compatriota que por primera vez le escribía, tenía derecho a darle ocupación molesta y sin retribución, él salió personalmente a buscar el ensayo de Thoreau sin la reflexión mezquina.

"Me he ocupado—nos escribió en seguida no más—con todo cariño de su encargo. Fui a Brentano, Dutton y otras casas librerías, sin resultado. Entonces se me ocurrió ir a la Biblioteca Pública y allí pedí la obra con el fin de mirar nombre y dirección de la casa editora. Esta resulta ser la de Houghton, Mifflin Co., casa matriz en Boston con sucursal en ésta. Aquí me dijeron que sentían decirme que carecían de

ella y que ya ni en el catálogo figuraba... He de decirle que el mismo hecho de mi solicitud por esa obra hizo que se me atendiera por el bibliotecario con desusada cortesía, pues personalmente, buscó y llevó el volumen al departamento de entrega, haciéndome pasar por sobre no menos de diez o doce solicitantes que estaban antes que yo, cosa que me sorprendió por lo insólita en este medio en donde para todo "the line forms to the right".—Después la busca en la sección de libros de los periódicos, la carta preguntando al agente librero. Un gran empeño de un costarricense por servir a otro costarricense. Por fin la preciosa edición conteniendo el ensayo titulado *Civil Disobedience*.

Cuánto agradecemos a don Emilio Artavia el esfuerzo que hizo para encontrar el libro de Thoreau. Pensamos en el tiempo invertido en la tarea. Fue tiempo quitado a su trabajo. Porque él no tiene fortuna y debe ganarse la vida en aquel medio de lucha dura. Sin motivo especial para servirnos, sin saber siquiera a quién servía, consiguió el libro y lo envió desinteresadamente. Los largos años de permanencia en los Estados Unidos no han hecho perder a este costarricense su vinculación con las cosas de la patria. No se ha descastado. A la distancia vive atento a lo que aquí sucede. Quiere servir a su país y ese sentimiento es el que vemos manifestarse cuando él da ayuda al compatriota que allá se la solicita. Porque el señor Artavia, así como no se pone a cavilar en la persona que le encarga un libro, tampoco lo hace cuando la congoja lo llama. Así cree servir a su país. Quienes estén en relación epistolar con él saben cómo es de activa su vigilancia. Revisa con diligencia y tacto la prensa norteamericana y de ella recorta toda información o relato que tenga que ver con nuestro país.

No está ejerciendo funciones de agente de censura, sino que como tiene por su suelo un hondo sentimiento de amor, trata de hacer notar a los demás lo que a su juicio pueda dañarlo. También quiere a los Estados Unidos, porque conoce lo que hay allí de constructivo. Pero no es un atolondrado que establece contrastes para proclamar la infelicidad nuestra. Gran virtud esta del señor Artavia. Cuando otros reniegan del suelo propio y juzgan que no hay sobre él cosa para salvar de la absorción civilizadora norteamericana, él se aferra a querer más

a su suelo. Y lo quiere sin aspavientos. ¿Quién lo ha visto levantar el dedo para que lo noten sus compatriotas? En el servicio hecho a este escritor cuyo nombre él desconoce, está revelada su gran capacidad de hombre que no descasta el medio absorbente. Para otro que pudiera contar por décadas la permanencia en los Estados Unidos, la petición nuestra habría caído en el vacío. Es un desconocido—habría dicho quien no fuera reacio al descastamiento—y además no quiero nada con ese país. Eso de no querer nada con el país a quien se debe la vida, es la expresión corriente en los vendidos, en los que viven para sufrir el puntapie de los conquistadores. Y naturalmente, resulta la actitud más sencilla, aunque la más inicua. Pero el señor Artavia no emigró a hacer que las corrientes que en un medio de gran civilización circulan tremendas, pasaran por su corazón y lo secaran para el amor a su suelo.

Hemos hablado con justicia del costarricense que hace años se alejó y vive trabajando empeñosamente, porque es su caso en verdad ejemplar. A nosotros nos procuró desinteresadamente el libro y nos viene procurando artículos y recortes de sumo interés. No vio en la petición sino la forma noble de contribuir al aporte de ideas a su país. Un lector es siempre algo muy estimable. El señor Artavia sabe el valor que representa para la defensa de una patria, la población que lee. La lectura hace pensar, sugiere. Y esa actividad produce en el lector inconformidad y de ahí nace el contraste creador. Por lo mismo, no podía él, que no se ha descastado dejar de buscar a ese lector, el libro de Thoreau. Nos conmueve su relato de la ida a la biblioteca pública en donde vio cuán leído es Thoreau. Y nos admira la diligencia del bibliotecario por servir al visitante que pedía el ensayo sobre la desobediencia civil. Significan estos sucesos que la ideología de Thoreau es digna de difundirse. Es posible que la preferencia de Gandhi por el escritor norteamericano, haya hecho que muchos piensen en él, y quieran conocer sus juicios sobre la vida. Los juicios que han nutrido el sentimiento de defensa de Gandhi, el hombre que lucha contra el imperialismo británico y lo hace vacilar. Conocer esos juicios es sin duda un esfuerzo provechoso y fecundo. Thoreau infunde en el alma rebelde del defensor de la India tenacidad y visión, es decir, las dos virtudes que tanta falta hacen a los pueblos comidos por la conquista. Porque nos descorazonamos, porque vemos lejana o imposible la redención, la liberación, porque somos pobres en previsión y nulos en visión, por esos vicios tremendos es por lo que nos dominan. Muy pronto todos enmudecen; muy pronto todos capitulan y el resultado es que las fuerzas de conquista se imponen y terminan con los pueblos. Cuando no es el silencio lo que se observa en los hombres metidos dentro del aura imperialista, es el hablar a diario en elogio de todo lo de